

PAISAJE MEDIADOR

Pierre GONDARD
ORSTOM-Francia

RESUMEN

La actividad agrícola « esculpe la epidermis de la tierra », dejando su huella en los paisajes. Al hacer el inventario cartográfico del uso actual del suelo, se busca delimitar zonas homogéneas que no son sino paisajes agrarios. Estos, conformados por elementos visibles, remiten a menudo a elementos invisibles subyacentes que varias disciplinas científicas de índole naturalista y socio-económica buscan evidenciar. Para ellas, el paisaje y su cartografía, sin ser su objeto propio, pueden constituir un mediador de encuentro interdisciplinario.

Hace algunos años, para luchar contra la ciega aplicación de reglas administrativas, o a veces contra su no aplicación en detrimento de los individuos, se creó en París la función de Mediador Nacional. Cuando un conflicto local se revela insoluble, se nombra un mediador que busca, de acuerdo con las partes, un « terreno » de entendimiento.

El paisaje puede jugar ese papel entre disciplinas científicas que tienen a veces dificultad en colaborar, e incluso simplemente, como también sucede, en comunicarse. Tal será nuestra tesis: el paisaje puede ser el marco adecuado de un encuentro interdisciplinario.

Esta reflexión se basa en una experiencia, el inventario de los recursos naturales renovables del Ecuador, un tanto comparable en sus objetivos con el realizado por CETENAL en México en los años de la década de 1970.

Nuestro enfoque, enraizado en la larga tradición inaugurada por el CSIRO australiano, ponía en primer plano la delimitación de zonas homogéneas. Sin embargo, a diferencia de los demás grandes inventarios nacionales realizados en Sudamérica, se trate de COPLANARH en Venezuela o del ONERN en el Perú, para no citar sino esos dos, dábamos una atención particular a las marcas antrópicas. Mientras la mayoría de inventarios desemboocaban en una cartografía relativamente detallada de los paisajes naturales, la de los espacios agrícolas era de una extraña pobreza: en ella se distinguían los espacios ocupados por los pastizales, las tierras de labranza, los cultivos permanentes, a veces los perímetros regados pero era imposible saber de qué cultivos específicos se trataba, y menos aún sospechar quién cultivaba y cómo lo hacía.

Se tenía la impresión de que, en el mejor de los casos, a sus autores les bastaba con caracterizar un medio natural en el que debía inscribirse necesariamente un uso agrícola

predeterminado y, en el peor de ellos, el hombre parecía un perturbador del medio natural y que por lo tanto no tenía sentido avanzar más en el estudio. Este enfoque nos pareció claramente insuficiente para dar cuenta fielmente de la heterogeneidad de las economías rurales y de la gran diversidad de ecosistemas de un medio tropical distribuido entre la selva siempreverde, las estepas subdesérticas, el « sahel » que prolonga hacia el Norte el desierto costero peruano o incluso, en lo más alto, los casquetes glaciares que cubren las cimas de las cordilleras.

Tomamos casi el partido opuesto; nuestra investigación privilegia la acción del hombre en el medio, poniendo énfasis en sus huellas. ¿Parcelas de qué tamaño? ¿Qué tipo de riego? ¿Qué cultivos y qué importancia de cada uno con relación al conjunto? Todo ello es del orden de lo sensible, lo perceptible, lo observable. El resultado es un mapa de los paisajes agrarios, en el cual investigadores de otras disciplinas reconocieron una representación *mediatizada* de sus propios objetos.

«La tierra no se mueve» (Husserl, 1934), «y sin embargo gira» (Galileo, 1633)¹

El paisaje implica una paradoja similar: « sin observador, no hay paisaje » y sin embargo no se puede negar la preexistencia de los objetos que lo componen. En el paisaje existe esta ambivalencia fundamental ligada a la necesaria visión del sujeto que observa objetos y construye una imagen. Esta no está solamente estructurada en diversos planos y limitada por una línea de horizonte, sino, además, jerarquizada en función de los centros de interés, de la formación recibida, de la cultura, de las proyecciones personales, en resumen, de la mirada del observador. Simplificando, se puede afirmar que este último es naturalista en mayor o menor medida, « humanista » en mayor o menor medida, es decir, que selecciona, entre la multitud de informaciones inscritas en los lugares, las que se adaptan mejor a su enfoque, y de manera más verosímil, a aquellas que puede ver, lo que significa también aquellas que sabe ver.

Las diferentes interpretaciones posibles de la fotografía aérea de una porción de espacio muestran claramente la diversidad de tales miradas especializadas, focalizadas por intereses particulares, todas diferentes, pero cuya variedad en sí no es posible sino porque las huellas observables están allí, sin por ello ser visibles para todos, ya que no son significativas para todos. Tomemos un

ejemplo. En cualquier fotografía aérea de una zona agrícola se reconocen fácilmente las formas geométricas de las parcelas de cultivo. El naturalista y el « humanista » verán en ella la marca de la ocupación humana, pero, mientras el uno la percibirá como un vacío, un blanco, una discontinuidad en la cobertura vegetal natural, el otro leerá el índice de una estructura agraria original, representada en la malla de la división parcelaria. La parcela de gran tamaño remite sistemáticamente a la gran propiedad, y la pequeña parcela, a la pequeña propiedad. Estas categorías jurídicas y socio-económicas de tenencia de la tierra no son directamente visibles en el paisaje; están *mediatizadas* por una huella sensible que la mirada precavida interpreta para pasar del significante al significado.

No es pues cualquier información la que se escoge y extrae de nuestra visión. Privilegiamos a aquella que sabemos está más directamente vinculada con la variación de nuestro objeto de investigación. En el presente caso, ¿cuáles pueden ser las marcas de los sistemas de producción agrícola en el espacio físico? ¿cómo organizarlas en un todo coherente? ¿cómo darse los medios para pasar del paisaje agrario al sistema agrario? o incluso, planteemos esta interrogante de manera más explícita: ¿cómo pasar del continente al contenido?

P. Milleville define al sistema de producción como « la combinación de producciones y de factores de producción que los agricultores ponen en aplicación » (Milleville, 1990). Partimos del presupuesto sumamente empírico de que esta acción se inscribe necesariamente en el espacio material y que, por lo tanto, es perceptible para un observador. En otros términos, la acción del agricultor que labra, siembra y « esculpe la epidermis de la tierra », produce una imagen sensible, marcada por las características particulares de su actividad. Las diferentes producciones tienen distintas imágenes, al igual que los diferentes factores de tal producción. Nuestra investigación tratará, inicialmente, de la inscripción en el paisaje de los factores de producción que enmarcan la actividad agrícola. Pasaremos luego a la producción en sí que se inscribe en ese marco.

La actividad agrícola se ubica en un lugar, situado a su vez en un medio, medio biogeográfico que G. Lemée define como « el conjunto de condiciones energéticas, físicas, químicas y biológicas que reinan en las inmediaciones de los organismos vivientes » (George, 1974) o incluso, según la definición del Gran Larousse Enciclopédico, también citado por P. George: « Espacio que rodea inmediatamente a las células o los seres vivientes y con el cual éstos realizan intercambios constantes de materia y de energía que los hacen dependientes de él en mayor o menor medida » (George, 1974). Las especies en las que se ejerce la actividad agrícola son, en efecto, primero seres vivientes, antes de ser productos o producción.

Conociendo la gran biodiversidad de los medios intertropicales montañosos, la atención deberá centrarse primero en lo que crea esta formidable variación en tan poca distancia. En la observación del paisaje no se capta directamente la variación climática, sólo se observan sus efectos en la naturaleza de las formaciones vegetales. La causa es anterior.

En el medio que intentamos definir, el relieve está en primer lugar. Induce una variación de las condiciones naturales de explotación agrícola que en otros lugares es provocada por la zonificación latitudinal. Esta variación es, a pequeña y mediana escala, el primer factor determinante de la actividad agrícola. Además, el enfriamiento, y por lo tanto de la disminución de las posibilidades de intercambio de energía que se observa con el aumento de la altitud, la exposición provoca una hiperhumidificación en las vertientes exteriores de las cordilleras o, por el contrario, un acentuado resecaamiento debido a los fenómenos de foehn en las posiciones abrigadas. Se observará incidentalmente que entre los trópicos la exposición no está definida con relación al sol como en los países templados, sino ante todo en función del viento. Una cordillera es como una isla que emerge del océano con sus vertientes « barlovento o sotavento ». Para expresar la influencia de la altitud con base en la observación sensible, escogeremos un indicador simple de posición en la vertiente, alto/medio/bajo. En esta etapa de la investigación, no se trata de definir un clima o de afirmar una altitud, sino de delimitar « envolturas » (*enveloppes*) discriminantes de los usos agrícolas del suelo.

La actividad agrícola que se ejerce en un medio natural, pone igualmente en juego otros factores de producción tales como capital y trabajo que evidentemente no aparecen de manera directa en el paisaje, pero cuya lectura es posible a través de la tenencia de la tierra. Vimos anteriormente cómo tal propiedad es *mediatizada* por el tamaño de las parcelas de explotación agrícola que es el signo sensible de sistemas técnicos y sociales de producción.

De la misma manera que remite a la gran explotación y a la gran propiedad, la parcela grande remite a un sistema socio-económico que involucra capital, insumos, mano de obra, crédito, cuyas formas de movilización y volumen difieren sustancialmente de lo practicado en el caso de la pequeña propiedad. Asimismo, ésta es visible en el paisaje a través del retaceo de las parcelas de explotación agrícola. El tamaño de los campos, elemento facticio perceptible en el paisaje, remite entonces a otro nivel, a la interpretación de elementos más abstractos, esenciales para la definición del sistema de producción.

A través de los párrafos anteriores se habrá comprendido que nuestro enfoque no apunta a definir de entrada los sistemas de producción, sino que busca y clasifica,

en su dimensión espacial, los elementos que son el soporte físico y visible de tales sistemas. La envoltura material, el continente, es más importante a este nivel que el contenido en sí, que no se puede captar directamente. Es por ello que basta con hablar de alto/medio/bajo, más o menos intensamente utilizado, más o menos intensamente regado, etc. No precisamos aún el contenido exacto de las zonas fisiográficamente homogéneas que delimitamos. Decimos simplemente: este espacio circunscrito por el límite que trazamos es diferente de su vecino. «La combinación de producciones y de factores de producción que los agricultores ponen en aplicación» es diferente aquí y allá, puesto que la imagen que imprime en el espacio rural es distinta de un lado y otro de ese límite.

La siguiente etapa consiste en llenar esas envolturas de las que no conocemos sino algunos elementos estructurantes, y en detallar su contenido facticio. ¿Cuáles son los cultivos? ¿Cuáles son sus respectivas proporciones? ¿Cuál es la proporción de pastizales? ¿la de plantaciones?, etc. Observados directamente en el campo, ordenados en porcentajes de la zona homogénea encuestada, esos elementos nos proporcionan la última clave de descripción de los paisajes agrarios como introducción a los sistemas de producción agrícola.

Sistema cerealero de altura practicado por unidades domésticas, frente pionero de altitud, grandes explotaciones de pastizales de valle, asociación de pastos y cultivo de caña de azúcar en medianas propiedades en las vertientes exteriores, sistema cafetero de los piedemontes, etc. ¿Quién, incluso poco familiarizado con la agricultura ecuatoriana, no reconocería en ello sistemas de producción agrícola muy específicos y caracterizados? Se podría extender la lista y enumerar uno a uno los diferentes sistemas de producción agrícola del Ecuador. Todos han sido captados en su expresión paisajística. Para quien realizó su cartografía, evocan primeramente paisajes y sin embargo, cada una de las disciplinas reconoce en ellos la transcripción espacial de sus propios objetos.

¿Puede un punto ser extendido?

Afirmar que diferentes disciplinas se reconocen en la base de la cartografía de los paisajes agrarios no quiere decir que este documento reemplazará a las investigaciones propias de cada una de ellas, ni siquiera que les será indispensable. Si bien puede aportar algunos elementos complementarios a los trabajos específicos de unos y otros, el interés esencial de este documento reside en el acceso a la representación espacial de los sistemas agrarios.

Numerosas disciplinas contribuyen al estudio de los sistemas agrarios, cada una desde su punto de vista, en función de su objeto científico. Algunas estudian más bien

los aspectos locales, la explotación agrícola, otras necesitan grandes cifras y conjuntos regionales para desarrollarse satisfactoriamente. El mapa de los paisajes agrarios puede servir tanto de marco, como de lugar de encuentro a esos dos extremos.

A nivel local, las disciplinas proceden generalmente mediante encuestas, minuciosas y detalladas, que desmenuzan los hechos agrarios posibilitando la construcción de una imagen aclaradora del funcionamiento de los sistemas. Sin embargo, tropiezan a menudo con la cuestión de la representatividad de su encuesta. Un plan previo de muestreo estadístico, a condición de disponer de las series necesarias, permite una estimación de tal representatividad. La cartografía del sistema agrario, en cambio, permite la evidencia de entrada en el espacio. El agrónomo, el sociólogo, el economista, el demógrafo, descubren así la extensión de los sistemas que estudian puntual, localmente.

Se puede, igualmente, voltear el razonamiento y servirse de un mapa de paisajes agrarios para escoger pertinentemente la localización de los puntos de encuesta.

Lo que se afirma del nivel local, podría decirse del nivel regional o nacional. El mapa da una visión de conjunto, y el juego posible entre las escalas aporta una riqueza adicional (Gondard, 1990). Es necesario por supuesto que el documento inicial haya sido realizado a gran escala para responder a las necesidades del nivel local, y reducido de manera inteligente, no sólo mecánicamente, a fin de satisfacer las exigencias propias de las pequeñas escalas.

La cartografía de los paisajes agrarios del Ecuador ha servido para la estratificación del territorio nacional, a fin de elaborar el plan de muestreo de la encuesta agrícola nacional anual. Cruzada con los datos de población, permitió a Daniel Delaunay precisar las dinámicas de cada uno de los grandes sistemas de producción agrícola (Delaunay, 1991). El hidrólogo encontró en ella una primera estimación de la extensión de los perímetros regados. El sociólogo reconoció en ella los límites de los sistemas sociales de producción que había definido. El mapa les daba su envoltura espacial.

La acción del hombre, que se inscribe a la vez en el tiempo y en el espacio, deja una huella material sensible en la superficie de la tierra. Es posible leerla en el *paisaje*, que se convierte así en un *mediador privilegiado* entre diferentes enfoques científicos.

Nota:

¹ Husserl y Descartes, citados por Berque A, 1990, p. 9.

BIBLIOGRAFIA

- BERQUE A., 1990, *Médiance, de milieux en paysages*. Col. Géographiques, RECLUS, Montpellier, 163 p.
- DELAUNAY D., 1991, Un exemple d'inférence statistique dans un Système d'Information Géographique, *SEMINFOR 4*, Transfert d'échelle ORSTOM, Colloq. et sémin., Paris, p. 255-263.
- GEORGE P., 1974, *Dictionnaire de la Géographie*. Paris, 2^e ed., 451 p.
- GONDARD P., 1988 (a), *Cartographie de l'utilisation actuelle des sols et des paysages végétaux dans les Andes équatoriennes*. ORSTOM, Paris, Coll. Études et thèses, 154 p.
- GONDARD P., 1988 (b), La estratificación en el sistema de estadísticas agropecuarias nacionales del Ecuador, *Informe final del Simposio de encuestas por muestreo de áreas en los países andinos*, JUNAC, Unidad Informática, Lima, p. 169-237.
- GONDARD P., 1990, Du 1/50 000 au 1/1 000 000. Points de vue sur les paysages de l'Équateur, *SEMINFOR 4*, Coll. et sémin., ORSTOM, p. 319-330.
- GONDARD P., HUTTEL C., LOPEZ F., WINCKELL A. ZEBROWSKI C., 1989, *Paysages agraires de l'Équateur / Paisajes agrarios del Ecuador*. IPGH-IGM-ORSTOM-CEDIG, Quito, 1 mapa a escala 1:1.000.000, 100 x 25 cm.
- MILLEVILLE, P., 1990, Curso de DEA (Diploma de Estudios Avanzados): Économie du développement agricole, agro-alimentaire et rural, ORSTOM, Montpellier, 1990-1991.

Sistemas de Producción y Desarrollo Agrícola



Editores

Hermilio Navarro Garza

Jean-Philippe Colin

Pierre Milleville